

DISCURSO
DE
NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE
DE MÉJICO.

(DE LA CANAL.)

In tempore illo deferetur munus Domino exercituum à populo divulso et dilacerato, à populo terribili... ad locum nominis Dei exercituum, montem Sion.

En aquel tiempo un pueblo dividido y despedazado, un pueblo terrible..., vendrá á traer don agradable al Dios de los ejércitos sobre la montaña de Sion.

Isaias, c. 18. v. 7.

Sabios, ilustres y piadosos mejicanos : cuando os veo congregados en este santo templo á tributar al Eterno el don mas agradable por el beneficio mas singular ; cuando os miro reunidos en el centro de la antigua España celebrando el dia feliz, en que en la nueva se apareció la Aurora de la gracia despues de tantos siglos de tinieblas horrendas ; y cuando os contemplo sosteniendo y propagando á dos mil leguas de vuestra patria la devocion que mamasteis con la leche, y acrecentó la vista de la peregrina imágen de Guadalupe á la falda del Tepeyacac, retrocede mi espíritu tres siglos, recorro con pasmo cincuenta años, y hallo con asombro tales prodigios, que me parece imposible no reconocer en ellos el dedo de Dios, y el cumplimiento de una profecía inexplicable hasta entónces. Sin esto se tendrán por fábulas los hechos de nuestros mayores : son tales, que á

su presencia quedan enteramente oscurecidas las expediciones de los pueblos antiguos. No descubro en estas mas que el juego de las pasiones violentas, instrumentos de la justicia eterna para castigar vencedores y vencidos. Ningun consuelo encuentra en ellas el corazon compasivo, ni el cristiano halla mas que lágrimas, y sangre, y desolacion, y muerte, y venganza eterna.

Pero en la historia del descubrimiento y conquista de la América, al lado de los horrores se hallan los consuelos, y entre estos ocupa el primer lugar el que celebráis en este dia. Traslándome hoy á la falda de Tepeyacac, en donde la devocion reúne tantos pueblos á celebrar la aparicion de María santísima á un feliz indio, ¿cómo podré ménos de aplicar á esta reunion las palabras de Isaias al capítulo citado, que dice : *El pueblo terrible, mas allá del cual no hay otro, vendrá á traer don agradable al Dios de los ejércitos sobre la montaña de Sion?* Así concluye el profeta un capítulo notable por todas estas enfáticas expresiones. « Oye, dice el Señor, oye, tierra famosa y sobresaliente en la náutica, que envías embajadores por el mar y en barcos ligeros sobre las aguas. Id, ángeles veloces, á una gente dividida y despedazada, á un pueblo terrible, mas allá del cual no hay otro, á una region separada por las aguas, cuya tierra robaron estas, á un pueblo esperanzado y hollado. Habitadores del orbe, cuando viereis levantada sobre sus montes bandera, atendéd, y al mismo tiempo oiréis el ronco son de la trompa guerrera que llama al combate. En él perecerán vencedores y vencidos, caerán como las espigas al golpe de la hoz, y sus restos quedarán en pasto á las aves y fieras del campo ; pero en fin el pueblo terrible, cuyas señas he dado, doblando el cuello al yugo, vendrá á ofrecer don agradable al Señor de los ejércitos sobre la montaña de Sion. »

Acabáis de ver, señores, un bosquejo del descubrimiento y conquista del Nuevo-mundo por nuestros mayores, y el objeto de vuestra festividad. El profeta evangélico, como le llama san Gerónimo, el que vió los sucesos últimos, y consoló á los afligidos de Israel, segun afirma el Espíritu santo, redujo á estas breves palabras los hechos prodigiosos de nuestros padres en la América ; pero especialmente la propagacion del Evangelio en aquellas vastísimas regiones, y como consecuencia, el singular favor que dispensó el cielo á la Nueva España, y que tanto contribuyó á su conquista espiritual. Conocéis que hablo de la

aparicion de María santísima al feliz indio Juan Diego, y de la prenda de su amor dada á los mejicanos y pintada milagrosamente en la tosca tilma; aparicion muy conforme á la conducta de la madre de los humildes, y prenda muy análoga á su porte con los indios neófitos; aparicion fundada en la tradicion mas constante, y prenda la mas segura de los bienes que habian de venir á la América; en fin aparicion y prenda, que reuniendo hoy en un monte mas agradable á Dios que el de Sion los habitantes de tantas y tan distantes regiones á dar muestras de su gratitud, ofrece la perspectiva del pueblo pintado por Isaías, tributando el don mas agradable al Dios de los ejércitos por el mas singular de los favores.

No ignoro que la grandeza del beneficio y la singularidad de la prenda ofrecen razones para dudar de uno y otra. Sé que la crítica, justamente desconfiada, despues de hallar ficciones piadosas, prodigios falsos y apariciones soñadas, quisiera que se le mostrasen documentos fidedignos jurídicamente formados en el lugar y tiempo, en que se fija el hecho de la aparicion que celebráis. No me son desconocidas las armas con que se combate esta piadosa creencia de toda la América y casi de toda la Europa; mas en cuanto lo primero, ¿quién conoció los designios de Dios, ó quién entró en sus eternos consejos? ¿Quién le dió alguna cosa primero para pedir recompensa? Así se explica san Pablo, para acallar las murmuraciones de los judíos, que miraban con secreta envidia la conversion de los gentiles, y no podian creer que hubiesen de ser llamados á la generacion de Abraham. Por lo que hace á la desconfianza, que estoy muy distante de censurar, bien puede desecharse en el asunto de que tratamos. La aparicion de María santísima á Juan Diego, la embajada de este al Señor Zumárraga, el hecho de las frescas y odoríficas rosas cortadas en el peñascoso y estéril monte, y la pintura que estampan en la tilma, se afianzan en la idea de que María es madre, y en una tradicion constante jurídicamente probada: su verdad se toca en los beneficios que Dios ha hecho á la Nueva España por la mediacion de María bajo el título de Guadalupe. En breves palabras, señores, la verdad de la aparicion y sus felices efectos van á ser el objeto de mi discurso. Prestádmme vuestra benévola atencion, despues de ayudarme á implorar los auxilios de la gracia. *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

Al proponeros como una verdad la aparicion de María santísima al devoto y humilde indio, y el prodigio de pintarse su imagen en la tilma, estoy muy distante de lisonjearme de desarmar la crítica y hacerla callar, y mas todavía de poner esta verdad al nivel de los dogmas. Para lo primero me hubiera sido forzoso recorrer archivos, registrar documentos, y comparando los publicados con los inéditos, los mejicanos con los castellanos, manifestar que la aparicion era tan cierta como la conquista. Para lo segundo deberia yo ignorar los principios de la Religion. Esta nos enseña que el sagrado depósito de los dogmas y el de las verdades que exigen una creencia divina, se cerró con la muerte de los apóstoles y escritores inspirados, y que no es lícito añadir ni quitar el menor anillo á la cadena divina de estas verdades. Pero hay tambien algunas que, aunque no escritas, pertenecen á dicha cadena, y nos vienen por la tradicion, las cuales, cuando parten de la fuente divina y se transmiten sin alteracion por legítimos canales, merecen el mismo crédito que las escritas. Hay otras que tienen en los apóstoles su principio conocido, y de estas decia el grande Agustino, que cuando en la serie de los siglos no se encuentra su origen, hemos de creer que vienen desde los apóstoles. Hay en fin hechos transmitidos hasta nosotros por tradicion, que no pueden negarse sin temeridad, y á veces sin una especie de impiedad. Tales son las actas sinceras de los mártires, y los prodigios obrados por Dios en favor de su causa y referidos por autores fidedignos. Es verdad que en los siglos de ignorancia hubo hombres, que por una piedad mal entendida inventaron fábulas piadosas, como si Dios necesitase de sus mentiras. No se hacian cargo estos impostores de que su conducta daba un golpe fatal á la fe de los hechos verdaderos, pues que averiguada una vez la mentira forjada por ellos, se inclinaba el espíritu incrédulo á tenerlos todos por sospechosos cuando ménos. Para desarmar pues á los incrédulos y refrenar á los impostores piadosos, toma la Iglesia las mas diligentes precauciones en el exámen de los hechos interesantes á la Religion; y solamente cuando tienen sólidos fundamentos, los propone á la piadosa creencia de sus hijos, pero sin exigir de estos la misma fe que á los hechos re-

cibidos de sus fundadores. Tampoco yo la exijo; mas no por eso dejaré de proponeros la aparicion de María santísima á Juan Diego, como una verdad digna de vuestra piadosa creencia.

Ninguno de vosotros ignora que María santísima fué constituida en el Calvario por madre de todos los discípulos de Jesucristo su hijo. Iba ya este á dar en breve su último aliento, y viendo á su madre y al discípulo amado, prorumpió en estas palabras: mujer vé ahí á tu hijo: y mirando al discípulo añade: vé ahí á tu madre. Madre é hijo comprendieron perfectamente el sentido de estas tiernas expresiones; pero particularmente la madre, que sabia que dentro de poco se iba á formar la Iglesia, y que se compondria de miembros, cuya cabeza era el Hijo suyo, se consideró desde aquel momento como madre de todos estos miembros. Desde entónces vió en cada uno de ellos á su Hijo, y explicó en su favor todos los resortes de su amoroso corazón. Sin temor de que se me note racionalmente de temerario, me atrevo á decir, que al paso que Dios daba fuerza á los evangelizantes desde el dia en que bajó sobre ellos el Espíritu santo, fuerza irresistible para todos aquellos que estaban preordinados para la vida eterna, fuerza que enmudecia á los obstinados y derrocaba los ídolos; las ardientes oraciones de María, los mas que angélicos ejemplos de virtud que en ella se miraban y admiraban, sostenian y aumentaban las conquistas apostólicas en todas partes; y no en vano se hace particular mencion de ella en los Hechos apostólicos, cuando se refiere la vida y ejercicios de los discípulos del Señor en Jerusalem. Para probar el interes de María en la propagacion del Evangelio y en los aumentos de la Iglesia, me seria fácil alegar ejemplos sacados de las historias de varias naciones del mundo conocido entónces; pero los creo inútiles, cuando tenemos en casa uno que vale por mil. Hablo, señores, de su aparicion al apóstol Santiago en la inmortal Zaragoza. Arrugue cuanto quiera la frente la severa crítica; este es un hecho puesto en la mayor evidencia por mil sábias y críticas plumas; hecho que nos ha trasmitido la antigüedad de siglo en siglo. Aún vivia entre los mortales esta madre tierna, y se digna santificar con su presencia el suelo español, leyendo sin duda en el libro de los decretos eternos el agradecimiento con que la pagaria esta nacion tan devota como generosa. Elige y santifica para sí aquel lugar, para permanecer en él con su proteccion continua, y desde allí echa raíces

en el honrado pueblo español, toma por herencia la parte predilecta de su Dios y se detiene en la plenitud de los santos. No los habia aún, es verdad; pero estaban ya escritos en el libro de la vida. Aquella innumerable muchedumbre de mártires... ved aquí el pueblo que visita María para preparar, digámoslo así, la tierra que produciria para el cielo tan copiosos y abundantes frutos. En su templo, sí, á la sombra de su coluna, á la presencia de su imágen bebieron los aragoneses aquella heroica constancia, fruto de la práctica de otras mil virtudes cristianas, que supo triunfar de todos los tiranos. Esta misma aprendieron los demas españoles, sobresalientes siempre en la devocion á su madre María.

Grabada y altamente impresa está en sus nobles pechos, pasa con ellos adonde los llama el Señor, cuando únicamente parece que van conducidos por la curiosidad y por otras pasiones. Embarcan en sus frágiles leños la imágen de María, confiados en que con ella se entregan con seguridad á esos mares, no surcados jamas por nave alguna. Id, ángeles veloces; volád en vuestros barcos ligeros á un pueblo, al que en los decretos del cielo toca en el tiempo ver la luz. Empapados en vuestras lisonjeras esperanzas y terrenos proyectos, ignoráis ciertamente vuestro alto destino; pero oídlo: sois ángeles, nuncios, embajadores del Eterno. El prototipo de esa imágen que veneráis, se dispone ya á bajar de su trono á favorecer vuestra empresa. Jamas formaron los hombres otra mas temeraria; ¡la conquista de un nuevo mundo por un puñado de gentes...! ¡la conversion de millones de almas por unos pocos obreros evangélicos...! Gran Dios! esta es obra tuya, y la protege tu madre. Así es, señores. Seguíd, si podéis, á los héroes, que despues de haber tomado las primeras islas, se disponen á fijar su pié en la tierra firme. Pasmáos al ver á Cortés quemar sus naves, y en ellas la esperanza de reembarcarse. Observád su marcha por entre peligros y privaciones de todas clases, hasta llegar á la capital de un imperio floreciente. Admirád sus combates...; pero sobre todo fijád vuestros ojos en María, que con una piedad maternal deslumbra y ciega á los que combaten contra la luz sin saberlo, y se obstinan en oprimir á los enviados del Dios de la verdad; y en fin contemplád atónitos á Motezuma, á su corte y á su imperio, vencidos ya y jurando obediencia al monarca español. Pero no os destengáis aquí; considerád á los

ministros apostólicos instruyendo al pueblo, enseñándole la Religión, declarándole los misterios, y á este recibiendo la buena nueva con la ansia con que la árida y abierta tierra recibe la refrigerante lluvia. Y ¿quién no dirá que esta es aquella gente esperanzada, de que habló el profeta Isaías? ¿Quién dudará que tanta docilidad merece el amor y cariño de María? Ah señores! á mí me parece oírle decir lo que Dios á su pueblo por este profeta (1) : sí, yo te amo desde que te has hecho á mis ojos honroso y delicado, mis delicias serán estar contigo. Oyeme ahora, mi nuevo pueblo, y sabe que son bienaventurados los que guardan mis caminos. Tu docilidad me enamora, tu sencillez me encanta y tu humildad me arrebatada. Yo, yo permaneceré contigo y te daré pruebas evidentes de mi amor. ¿Os parece indigno de María este lenguaje á los indios? A mí no; y sobre fundarme en la idea de que es madre de todos los miembros de su Hijo, me apoyo en la rápida propagación del Evangelio. Aparecida á Juan Diego, dado su retrato en señal y prenda de amor, colocado en una pequeña capilla, vuela por todas partes la fama, se reaniman los abatidos indios, y forman altas ideas de su grandeza, cuando ven que la madre del Dios de sus conquistadores se declara por madre suya sobre la montaña de Tepeyacac en la persona de un Juan, después de declararse sobre el Calvario por madre de todos los miembros de la Iglesia en la de otro Juan. Este era efecto muy natural de la aparición; y si ella es falsa, explíquese cómo en quince años se bautizaron mas de quince millones de indios. Dése una razón convincente de esta mudanza casi repentina en unos hombres nacidos, educados y envejecidos en las tinieblas de la idolatría. Manifiéstese por qué los abominables cúes se convierten en todas partes en ermitas dedicadas á María.

Bien conozco, señores, que esta conjetura no inclinará enteramente la balanza de la razón á favor del hecho que celebráis. Ni he sido consejero de Dios, ni he leído en el libro de los decretos eternos : digo lo que me parece probable, y voy á añadir lo que sería una especie de temeridad negar sin pruebas convincentes ; quiero decir, que el hecho se funda en una tradición constante. Pregunto al mejicano, al californio, al nayarita, al tarasco, al guasteco, al serrano, al apache y á cuantos ha-

(1) *Isai. c. 43. v. 4.*

bitan entre las abrasadas regiones de la línea y los montes helados del Norte, ¿qué pensáis, que creéis sobre la aparición de María á Juan Diego, y sobre su imagen pintada en la tilma? Pensamos y creemos, responde cada cual en su idioma, lo que pensaron y creyeron nuestros padres. Ellos nos anunciaron el prodigio : *Patres nostri narraverunt nobis* (1). Ellos nos dijeron, que desde la mas remota antigüedad estaba anunciada á sus sacerdotes la venida de una gente invencible de las partes del Oriente, dominadora de los elementos, y protectora de la razón y justicia : ellos nos refirieron que á su entrada se heló la sangre en las venas de nuestros valientes, y perdieron el tino nuestros sabios. Ellos, ellos vieron que una mujer celestial los deslumbraba, cuando iban á arrojarse á una muerte segura, como para librarlos de otra eterna. Esta, nos decían, esta misma que era la madre del Dios de nuestros conquistadores, fué la que se apareció después á nuestro hermano Juan Diego, y le expresó dulcemente su amor llamándole hijo, y diciéndole *que le quería como á tierrecito y delicado* : esta fué la que se estampó milagrosamente en la tilma para quedarse con nosotros : *Patres nostri narraverunt nobis*. Ellos nos conducían á ver la hermosa pintura que nos inspiraba amor, veneración y respeto : nos referían con lágrimas los beneficios recibidos en su presencia y á la invocación fervorosa de su original. La gratitud les hacia y nos hace á nosotros venir á visitar este lugar elegido por María, santificado por María. Aquí ofrecían nuestros mayores sacrificios bárbaros y sanguinarios á la madre de unos dioses mas sanguinarios y bárbaros que los sacrificios, y todos cesaron afortunadamente desde que puso en este lugar su campo el valiente Sandoval. Ved allí el sitio donde colocó un altar con la imagen de María. Á esta veneramos nosotros cristianos ya, por un beneficio particular del cielo : *Patres nostri narraverunt nobis*. Fuesen ellos bozales cuanto se quiera; pero nada tenían de embusteros : nos estimaban y querían bien, y no tratarían de engañarnos sin interés. Los europeos mas sabios y virtuosos nos han dicho lo mismo que nuestros padres, y nos parece demasiada temeridad recusar tantos y tan abonados testigos.

Tal me parece, señores, el lenguaje natural de unos hombres sencillos, que retrocediendo desde nuestros dias á los de la

(1) *Psalm. 77. v. 3.*